**TUCUMÁN 61: PISO 8 – DPTO. A**

 El niño albino de 5 años, a media tarde, mira sorprendido desde su balcón en calle Tucumán, pasar rabioso a un caballo desbocado por la vereda mientras las bicis veganas y sus ciclistas veganos se caen aparatosamente a los costados intentando no ser atropellados por el inminente y prepotente galope del mismo que se le liberó y escapó a un carrero en 27 de abril y Belgrano. El niño albino de 5 años tiene las manos apoyadas, sudadas, sobre la baranda de la pequeña azotea del octavo piso del edificio donde vive con su madre. Siempre soltera su madre. Desde que lo tuvo. Morochísima su madre. Nunca se entendió por qué él era albino. Siempre se supuso que por los genes del padre aunque nunca, nadie, conoció, verdaderamente, al padre. Su madre jamás dijo ni que sí ni que no. Él, los brazos apoyados, cruzados sobre la baranda y su cara, con la pera apoyada cansinamente sobre esos antebrazos pálidos, lechosos, perturbado, viendo pasar al caballo atolondrado parpadeando suave, con sus cejas blanquísimas y pestañas transparentes que apenas se distinguen ante el brillo de la luz del sol mientras que su madre, al parecer, detrás de él, pone la canción Astronauta del dúo brasileño Os nonatos. Si supiera, el niño albino, que en quince años se llevará puesto al mundo con su fuerza temible de nueve tosco, duro, tremendamente goleador; nueve perverso, cabeceador, que le tira patadas a los defensores, que les impone codazos, que les grita los goles en la cara; nueve serio, que rara vez escupe en la cancha; nueve referente, que empuja con las dos manos -nunca con una- al que se le acerque a prepearlo a él o a alguno de sus compañeros; nueve con buen pase para las paredes; nueve con mucho gol de tiro libre y muchas rojas por insultos descabellados a los jueces de línea (jamás al árbitro); nueve caudillo de la selección Argentina; nueve caudillo, no líder, caudillo, porque la diferencia está en que el caudillo siempre representa lo mejor y lo peor de nosotros al mismo tiempo; el líder, apenas, lo mejor y él era todo lo peor y todo lo mejor que nos podía pasar -como invocaba Sarmiento con sus sombras- poseyendo esa cinta de capitán en el brazo derecho mientras en cada cancha a la que iban le decían de todo por su piel, sus pelos, sus ojos; él, sin embargo, alimentándose de todo eso, de todos esos, y haciendo(les) goles, llevándose puesto al que tuviera enfrente con sus goles; arremolinando a los propios, a los ajenos, como caudillo que era, como lo peor y lo mejor que nos podía pasar, para adelante, siempre para adelante. Si supiera, el niño albino, en la leyenda en la que se iba a convertir, en la leyenda que iba a representar desde los veinte años de edad, en la leyenda en que se iba a tallar dentro del imaginario colectivo de este país con su fútbol de nueve, sus goles de nueve, su cuerpo de nueve, su corazón de nueve, sin dudas, no hubiera pensado siquiera por un segundo, tirarse del balcón como lo quería hacer antes de que el caballo y su galope descontrolado lo distrajeran, paralizaran y disuadieran después de sobrevivir otro día más en el jardín de infantes donde lo hostigaron por su color de piel, de pelo, de ojos, esos que heredó, supuestamente, de los genes de su padre a pesar de que ni él ni nadie lo conoce y su madre, morochísima su madre, nunca dice ni que sí ni que no al respecto. Nunca dice, mayormente, nada a nadie. (603p)